



Foto : Mauricio Centurión

DIEZ AÑOS DE UTOPIA Y GUERRA ENTRELAZADAS

Tengo una cita a las 14 horas de este 19 de julio de 2022 en la Malbata Şehîd (la casa de los mártires) de Dêrik. Me reúno con unas cincuenta personas, kurdas, árabes, internacionalistas, para una de las salidas en grupo hacia Qamishlo, donde tiene lugar una de las numerosas ceremonias para celebrar el 10º aniversario de la revolución. La acogida es calurosa, algunas de las ancianas presentes me abrazan con fervor, depositando un beso en cada una de mis mejillas, mis abuelas no lo habrían hecho mejor. Después de una taza de té, subo a una combi con las comodidades básicas para compartir dos horas de risas, canciones, dulces y sudor. Me emociona y me honra estar aquí en este aniversario. También estoy impresionado y preocupado por la probable e inminente escalada bélica. Curiosamente, a pesar de mi total inexperiencia en materia de conflictos armados, me encuentro bastante sereno, sintiendo que estoy donde debo estar. Y es que veo a mi alrededor, cada día, por más peligros que haya en el horizonte, la vida que sigue, siempre, contra viento y marea, tenaz y decidida. La ceremonia tiene lugar en el estadio de la ciudad, un lugar de resistencia sumamente simbólico. El 12 de marzo de 2004, las provocaciones durante un partido de fútbol en el que hinchas desplegaron una bandera con la efigie de Saddam Husein (responsable del genocidio de Anfal a finales de los años 80') desataron la ira de los kurdos. Los enfrentamientos resultantes se convirtieron en una insurrección y fueron brutalmente reprimidos por las fuerzas gubernamentales de Bashar El-Assad, provocando la muerte de 32 personas. Esta fecha marcó un punto de inflexión en la autoorganización y autodefensa de la juventud de Rojava, que no se detendría hasta el inicio de la revolución ocho años después.

1 Este genocidio kurdo, conocido con el nombre de Anfal, tuvo lugar entre febrero y septiembre de 1988 en el norte de Irak. Ordenado por Saddam Hussein, causó la muerte de entre 50.000 y 180.000 civiles, sobre todo a través de bombardeos con armas químicas, como los realizados en la ciudad de Halabja el 16 de marzo de 1988.

La palabra "revolución" se refiere etimológicamente, por sorprendente que parezca a la vista de su uso común, a "volver a uno mismo" y a una concepción circular de la existencia. A principios del siglo XXI, la palabra no es rara, pero la práctica parece, a primera vista, haberse reducido a la nada. "Parece" y "sólo a primera vista" porque depende, como siempre, de la dirección en la que dirijamos nuestra mirada y de nuestra capacidad para ampliar el alcance de los objetivos de los medios de comunicación dominantes, para cambiar el enfoque de un discurso que, con demasiada frecuencia, se inclina hacia el formateo, bajo la apariencia de la diversidad. Por lo que sé, las dos experiencias más significativas en este ámbito son las del sureste de México y el noreste de Siria. Si hace unos años tuve el privilegio de codearme con las comunidades zapatistas de Chiapas, es precisamente hoy, en Rojava, donde he venido 'de alumno'. El poco tiempo que he pasado en esta parte del mundo es una confirmación de la belleza, la complejidad y la importancia de lo que ocurre aquí. A una compañera de esta tierra con forma de bota, cuna del ristretto y el limoncello, hice creer poéticamente que "revolución" ('révolution' en francés) era una contracción de las palabras sueño ('rêve') y evolución ('évolution'). Si este experimento de autogestión, que reúne a más de cinco millones de personas, está ciertamente lejos de ser un sueño ideal hecho realidad, ¡sin duda está abriendo camino!

Como lo dice Abdullah Ocalan:

"Las mitologías están vinculadas a las utopías y, por tanto, a una forma de mentalidad y visión del mundo que da sentido a la vida, a la que el ser humano no puede renunciar. Privar al pensamiento de utopías y mitologías, de leyendas y epopeyas es como dejar el cuerpo sin agua".



Dada la turbulenta historia de la región, el paradigma del confederalismo democrático representa la única solución viable a la espiral de violencia generada por décadas de colonialismo, imperialismo extractivista y conflictos fratricidas.

Una vez allí, entramos en filas apretadas. Nunca son tacaños con las banderas, que adornan el recinto. Retratos de Ocalan, por supuesto, pero también de Farhad Sibli, copresidente adjunto de AANES², asesinado por Turquía, junto con otras tres personas, el pasado 17 de junio, ante la absoluta indiferencia de la comunidad internacional. Los festejos se iniciaron con un minuto de silencio, soportando todo el peso de las más de 11.000 vidas entregadas para defender este sueño colectivo. El escenario se llena de encendidos discursos, música y grupos de danza folclórica. El público lo sigue todo, a veces con respeto y atención, a veces lanzándose en los típicos bailes en círculo que tan bien simbolizan este espíritu colectivo y abierto. La celebración tiene lugar bajo el lema *"Derrotaremos la ocupación y construiremos la futura Siria"*.

Los diez años de guerra y utopía entrelazadas han demostrado con claridad tanto el increíble potencial de esta revolución como las amenazas que la acechan. Sus orígenes se encuentran en la identidad de resistencia y creatividad del pueblo kurdo desgarrado entre cuatro estados nacionales. Sus pilares de democracia directa, emancipación de la mujer, ecología e inclusión de todos los componentes étnicos y religiosos de la sociedad han convencido de su validez a las poblaciones árabes, asirias, armenias, turcomanas y yazidíes. Y ahí radica uno de los aspectos más apasionantes de esta construcción política: superar el marco clásico de las guerras de independencia y las exigencias de creación de un nuevo Estado para proponer un nuevo modelo, inclusivo y radical a la vez.

² AANES (*Administración Autónoma del Norte y Este de Siria*) es el nombre oficial de lo que se llama Rojava. Más complicado de usar, el nombre tiene el mérito de no reducir esta autonomía a una denominación kurda.



Foto : Mauricio Centurión

El caos generado por la sangrienta represión de Bashar Al-Assad en la primavera siria de 2011 creó un vacío de poder propicio para la toma de territorios en el norte del país. La primera de ellas fue la ciudad de Kobane, el 19 de julio de 2012³, que ha quedado como la fecha emblemática que marca el punto de partida de un autogobierno ya experimentado anteriormente, en particular en los municipios del Kurdistán del Norte (Bakur)⁴. Esta revolución es, pues, el fruto de un largo y persistente proceso de reflexión colectiva y de experimentación combativa, y no el de una gran velada desarraigada. Esto explica la solidez de sus cimientos y su determinación de no rendirse.

Con el paso del tiempo, la proporción de mujeres y hombres árabes que se sumaron a esta innovadora propuesta política fue significativa. Lo hacen aprendiendo la lengua de los demás (conocí a familias árabes en las que todos los miembros de la familia habían aprendido kurdo y ahora lo dominaban), pero también a costa de sus propias vidas (como atestiguan los retratos de mártires, a menudo muy jóvenes, que se encuentran en muchos hogares). El número de combatientes y mártires árabes es ahora equivalente al de los kurdos. Teniendo en cuenta el tumultuoso pasado entre estos pueblos, a menudo opuestos a sabiendas por líderes que fueron tan eficaces en aplicar el "divide y vencerás", esto es una verdadera fuente de esperanza. Demuestra hasta qué punto la lucha es ahora verdaderamente ideológica antes que identitaria. Y sí que se trata de una lucha porque los enemigos no faltan. Si los medios de comunicación del mundo no dejaron de subrayar, largamente, los horrores de Daesh y el peligro que representan, "desgraciadamente" omitieron precisar que las personas que dieron su vida para enfrentarse a ellos eran musulmanes en su mayoría (confesión mayoritaria también entre los kurdos) y, pues, árabes en buena parte.

3 Una breve historia ilustrada de los 10 años de revolución aquí : <https://vimeo.com/showcase/9255699>

4 Para conocer más: <https://www.kedistan.net/2017/11/15/bakur-autonomie-democratique-kurdistan/>

A esta amenaza, que es tangible en el momento de escribir estas líneas, a pesar de la caída del califato en marzo de 2019, se suma la amenaza conexa (ya no es necesario demostrar la connivencia con los yihadistas) de Turquía. Esta última libra una guerra de exterminio que se remonta a más de un siglo y se basa en un nacionalismo que pretende la homogeneización y la asimilación, sea cual sea el precio. Erdogan exacerbó esta ideología cultivando la nostalgia imperialista otomana, no dudando en activar un discurso de odio para intentar encubrir las reivindicaciones internas y enmascarar sus propias responsabilidades en la profunda crisis que vive el país. De nuevo, una vieja receta que la historia ha repetido. Esto es tanto más peligroso cuanto que el pasado ha demostrado las mórbidas consecuencias a las que conducen estos métodos (genocidios armenio y asirio de 1915-1923, kurdo y yezidi más recientemente).

En la actualidad, la revolución ha consolidado sus bases con un contrato social (actualmente en proceso de reescritura) que reconoce la autonomía organizativa de los diferentes pueblos y confesiones, así como las estructuras autónomas de las mujeres y los jóvenes. Pero hoy, esta forma de concebir la vida en sociedad vuelve a estar en peligro. Turquía asesina con impunidad casi a diario mediante drones y armas químicas o a través de grupos yihadistas a su servicio. Como segundo ejército de la OTAN, no duda en utilizar el chantaje más sórdido con sus aliados, que son, cuando menos, tímidos a la hora de condenar sus reiterados crímenes. En la actualidad, las posiciones ideológicas de potencias como EEUU y Rusia, los vecinos israelíes e iraníes o el propio régimen de Damasco están a mil leguas de las que animan a l'AFANES en Rojava. Su implicación militar, siempre guiada por sus propios intereses y no por cualquier solidaridad, sigue siendo difícil de predecir y nunca fiable. Desde hace meses, otra guerra aparece en los titulares, recordándonos que cuando una minoría interesada inicia estos conflictos muchas vidas quedan devastadas. Ya es hora de que nos manifestemos en contra, sin esperar a que nuestros gobiernos muevan un dedo. Nos guste o no, lo que está ocurriendo en Oriente Medio, tan castigado en las últimas décadas, nos concierne y nos afectará en primera instancia. Nuestros dirigentes en la OTAN y nosotros mismos tenemos una responsabilidad directa en lo que está ocurriendo allí. No esperemos a que vuelvan a morir miles de personas o a que las pantallas nos muestren la barbarie para indignarnos. Opongámonos ahora. Atrevámonos a creer y afirmar que la humanidad vale más que eso. ¡Es lo que nos está demostrando Rojava, sin descanso, desde hace 10 años!

Diego del Norte

